



¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**IGLESIA CRISTIANA PALMARIANA
DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

Residencia: "Finca de Nuestra Madre del Palmar Coronada", Avenida de Jerez, Nº 51,
41719 El Palmar de Troya, Utrera, Sevilla, España
Apartado de correos de Sevilla 4.058 — 41.080 Sevilla (España)

Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana



CUARTA CARTA APOSTÓLICA

ALGUNAS ORIENTACIONES.

**HISTORIA DEL NIÑO JESÚS DE PRAGA,
DE NUESTRA MADRE DEL PERPETUO SOCORRO Y DE MARÍA AUXILIADORA**

Nos, Pedro III, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Siervo de los siervos de Dios, Patriarca del Palmar de Troya, de Glória Ecclésiæ, Herald del Señor Dios de los Ejércitos, Buen Pastor de las almas, Inflamado del Cielo de Elías y Defensor de los Derechos de Dios y de la Iglesia.

Nos, queremos agradeceros de Nuestro Corazón Papal, antes que nada, por todo lo que habéis hecho para la fiesta del 12 y 13 de octubre; el haber hecho un esfuerzo para estar en las solemnes ceremonias de estos dos días, y el afecto y el cariño que habéis dado y mostrado con el Vicario de Cristo en la tierra. El mismo agradecimiento queremos dar a todos por el cordial recibimiento en los viajes de Nos, en distintas naciones.

Que el buen aprovechamiento de las Santas Misas y demás Sacramentos sirva para la santificación y la perseverancia final.

Nos, seguimos pidiendo oraciones de toda la Iglesia, para poder guiar la Barca de la Iglesia con un timón firme y seguro.

Nos, tenemos la conciencia muy tranquila. ¡Luchamos todos los días para perfeccionarnos y santificarnos!

La Iglesia Palmariana es la segunda Arca de Noé. Durante un total de 120 años, Noé predicó la penitencia y el arrepentimiento, y nadie le hizo caso. De esos 120 años, Noé tardó cien años construyendo el Arca. La Iglesia Palmariana pronto va a cumplir cincuenta años de su primera Aparición, y pronto va a cumplir cuarenta años del Papado y que la Iglesia está en el desierto.

Noé construyó el Arca en un valle donde no había agua, y fue tomado por loco hasta que Dios intervino y todo cambió. Lo mismo con la Iglesia Palmariana: Dios va a intervenir, pero no sabemos cuándo. Igual que a Noé, nos consideran locos, y tenemos que tener paciencia, humildad y perseverancia. Cuando menos lo pensemos, Dios va a actuar. Todo lo que aún falte por venir del Apocalipsis, es cuestión de tiempo.

Nos, Pedro III por medio de esta Carta Apostólica y con gran júbilo, queremos que se conozca la historia de tres devociones muy importantes de la Iglesia, pues hay copias de estas tres Sagradas Imágenes en los altares de la Basílica Catedralicia de Nuestra Madre del Palmar Coronada, y casi nadie conoce su historia. Así deseamos aumentar aún más la devoción hacia ellas.

Origen de la devoción al Niño Jesús de Praga

San Fernando II, Emperador de Alemania, para manifestar su gratitud a Nuestro Señor por la insigne victoria alcanzada en una batalla, fundó en 1620, en la ciudad de Praga, un convento de Padres Carmelitas. Difíciles en extremo eran los tiempos que atravesaba Bohemia cuando llegaron estos excelentes religiosos, pues se hallaba asolada por guerras sangrientas que tenían a Praga presa de las más indecibles calamidades, a tal punto que el monasterio mismo de Carmelitas carecía de lo indispensable para sobrevivir y cubrir las necesidades más premiosas de la vida. En esa época, vivía en Praga la piadosa princesa Polixena Lobkowitz,

quien sintiendo en el alma las apremiantes necesidades de los Carmelitas, resolvió entregarles una pequeña estatua de cera, de 48 cm, que representaba un hermoso Niño Dios, de pie, con la mano derecha levantada, en actitud de bendecir, mientras con la izquierda sostenía un globo dorado. Su rostro era muy amable y lleno de gracia, la túnica y el manto habían sido arreglados por la misma princesa, la cual, al dar la estatua a esos religiosos, les dijo: “Padres míos, os entrego lo más caro que poseo en el mundo: Honrad mucho a este Niño Jesús y nada os faltará.”

La princesa Polixena Lobkowitz era hija del canciller del reino checo y de una noble española, y su madre la dio, para su protección, la imagen del Divino Niño Jesús.

La estatua fue recibida con gratitud y colocada en el oratorio interior del convento, donde fue objeto de la veneración de todos aquellos buenos Padres, distinguiéndose entre todos el Padre Cirilo, que con toda verdad podría titularse el apóstol del divino Niño Jesús de Praga.

La promesa de la augusta donante se cumplió al pie de la letra, y los maravillosos efectos de la protección del Divino Niño no tardaron en manifestarse, pues muy pronto, y en varias ocasiones se verificaron prodigios y fueron milagrosamente socorridas las necesidades del monasterio.



Entre tanto, estalló de nuevo la guerra en Bohemia. En 1631, el ejército de Sajonia se apoderó de la ciudad de Praga. Los Padres Carmelitas creyeron prudente trasladarse a Munich.

Durante esa época tan desastrosa, especialmente para Praga, la devoción al Niño Jesús cayó en el olvido. Los herejes destruyeron la iglesia, saquearon el monasterio, penetraron en el oratorio interior, hicieron burla de la estatua del Niño Jesús, y quebrándole las manos, la arrojaron con desprecio detrás del altar.

Al año siguiente, el enemigo se retiró de Praga y pudieron los religiosos volver a su convento, pero nadie se acordó de la preciosa estatua. Por esto, sin duda, el monasterio se vio reducido a la miseria como el resto de la población, pues los religiosos carecían de alimentos para ellos, y de los recursos indispensables para restaurar su casa.

Mas, después de casi siete años de tanta desolación, volvió a Praga el Padre Cirilo en el año 1637, cuando Bohemia se hallaba en peligro inminente de sucumbir y hasta de perder el don inestimable de la Fe, y cuando la ciudad estaba por todas partes rodeada de enemigos. En tales aprietos, y al tiempo que el Padre Guardián exhortaba a sus religiosos que instasen a Dios para que

pusiese término a tantos males, le habló el Padre Cirilo de la inolvidable estatua del Divino Niño y obtuvo licencia de buscarla. La encontró al fin entre los escombros, detrás del altar. La limpió, la cubrió de besos y de lágrimas y, como maravillosamente aún conservaba intacto el rostro, la expuso en el coro a la veneración de los religiosos, quienes llenos de confianza en su protección, cayeron de rodillas ante el Divino Infante y le suplicaron fuese su refugio, su fortaleza y amparo en todo sentido.

Desde el momento en que fue colocada en su puesto de honor, el enemigo levantó el sitio y el convento se vio provisto en el acto de cuanto necesitaban los religiosos.

Encontrábase un día el Padre Cirilo en oración, delante de la estatua, cuando oyó claramente estas palabras: “Tened piedad de mí y yo me apiadaré de vosotros. Devolvedme mis manos y yo os devolveré la paz. Cuanto más me honrareis, tanto más os bendeciré.”

En efecto, le faltaban las manos, cosa que, al encontrarla no había advertido el Padre Cirilo, enajenado como estaba por el gozo. Sorprendido el buen Padre, corrió inmediatamente a la celda del Padre Superior y le contó lo ocurrido, pidiéndole que hiciese reparar la estatua. El Superior se negó a ello, alegando la extremada pobreza del convento. El humilde devoto de Jesús fue llamado a auxiliar a un moribundo, Benito Maskoning, quien le dio cien florines de limosna. Se los llevó al Superior con la convicción de que con ellos haría reparar

la estatua, pero este juzgó que era mejor comprar otra más hermosa y así lo hizo. El Señor no tardó en manifestar su desagrado; pues el mismo día de la inauguración de la nueva efigie, un candelabro que estaba fijo y muy asegurado en la pared, se desprendió y cayendo sobre la estatua, la redujo a pedazos. Al mismo tiempo, el Padre Superior cayó enfermo y no pudo terminar su período de mando.

Elegido un nuevo Superior, el Padre Cirilo volvió a suplicarle que hiciera reparar la estatua, pero recibió nueva repulsa. Entonces sin desmayar, se dirigió a la Santísima Virgen. Apenas acabada su oración, lo llamaron a la iglesia; se le acercó una señora de venerable aspecto, que dejó en sus manos una cuantiosa limosna, y desapareció sin que nadie la hubiese visto entrar ni salir de la iglesia. Lleno de gozo, el Padre Cirilo fue a dar cuenta al Superior de lo que pasó, pero éste no le dio más que medio florín (25 centavos), siendo insuficiente para el objeto esta suma, y todo quedó en el mismo estado.

El convento se vio sujeto a nuevas calamidades; los religiosos no tenían posibilidad de pagar la renta de una finca que habían arrendado y que no les producía nada. Los rebaños murieron, la peste desoló la ciudad, muchos Carmelitas, inclusive el Superior, sufrieron este azote. Todos acudieron al Niño Jesús. El Superior se humilló y prometió celebrar diez Misas ante la estatua y propagar su culto. La situación mejoró notablemente, pero como la estatua continuaba en el mismo estado, el Padre Cirilo no cesaba de clamar sus quejas ante su dadivoso protector, cuando oyó de sus divinos labios estas palabras: “Colócame a la entrada de la sacristía, y encontrarás quien se compadezca de mí.”

En efecto, se presentó un desconocido, el cual, notando que el hermoso Niño no tenía manos, se ofreció espontáneamente a hacérselas poner, no tardando en recibir su recompensa, pues ganó a los pocos días un pleito casi perdido, con lo que salvó su honor y su fortuna.

Los beneficios innumerables que todos alcanzaban del milagroso Niño multiplicaban día a día el número de sus devotos. Por esto deseaban los Carmelitas edificarle una capilla pública, teniendo en cuenta que el sitio donde debían levantarla, había sido ya indicado por la Santísima Virgen al Padre Cirilo, pero faltaban los recursos y además, temían emprender esta nueva construcción en un tiempo en el que los calvinistas arrasaban todas las iglesias. Se contentaron con colocarlo en la Capilla exterior, sobre el altar mayor, hasta el año 1642, en el que la princesa Lobkowitz mandó edificar un nuevo santuario que se inauguró en 1644, el día de la fiesta del Santo Nombre de Jesús.

De todas partes acudían a postrarse delante del milagroso Niño, los pobres, los ricos, los enfermos, en fin, toda clase de personas hallaban en Él remedio de sus tribulaciones.

En 1655, el Conde Martinitz, Gran Marqués de Bohemia, regaló una preciosa corona de oro, esmaltada, con perlas y diamantes. El Reverendo Don José de Corte se la colocó al Niño Jesús en una solemne ceremonia de coronación.

Las gracias y maravillas innumerables debidas al “pequeño Grande” (así llaman en Alemania al Niño Jesús de Praga), se divulgaron hasta en las comarcas más lejanas, con lo que su culto se extendió de una manera prodigiosa.

En la Capilla Palmariana de Unterschwandorf se venera una imagen del Niño Jesús de Praga. Santa Isabel Bous de Steppacher, de niña, enfermó gravemente de meningitis, y el médico dijo a su madre que rezara por la salud de su hija, porque sólo pocos de estos enfermos quedan sin consecuencias graves. La madre lo puso en las manos de Dios y la familia rezó ante la imagen del Niño Jesús de Praga, curándose la niña milagrosamente, cuya noticia corrió por todo el pueblo. Años más tarde, su marido, San Juan Steppacher, colocó en un lugar privilegiado de su casa de Unterschwandorf a ese Santísimo Niño Jesús de Praga, ya que había curado milagrosamente de aquella meningitis a su esposa, cuando ella tenía trece años de edad.

En la Basílica Catedralicia de Nuestra Madre del Palmar Coronada, hay una imagen del Niño Jesús de Praga en el altar de Santa Teresa de Jesús Coronada.

Nuestra Madre del Perpetuo Socorro

El icono de Nuestra Madre del Perpetuo Socorro, pintado sobre madera, de 53 por 42 centímetros, es de la Inmaculada Madre con el Niño Jesús. El Divino Niño observa a dos ángeles que le muestran los instrumentos de su futura Pasión. Se agarra con las dos manos de su Madre Santísima quien lo sostiene en sus brazos. Hay una tradición que dice que el icono fue pintado por el evangelista San Lucas.

En el siglo XV un comerciante acaudalado de la isla de Creta, en el Mar Mediterráneo, tenía la bella pintura de Nuestra Madre del Perpetuo Socorro. Era un hombre muy piadoso y devoto de la Virgen María. Cómo habrá llegado a sus manos dicha pintura, no se sabe. ¿Se le habría confiado por razones de seguridad,

para protegerla de los sarracenos? Lo cierto es que el mercader estaba resuelto a impedir que el cuadro de la Virgen se destruyera como tantos otros que ya habían corrido esa suerte.

Por protección, el mercader decidió llevar la pintura a Italia. Empacó sus pertenencias, arregló su negocio y abordó un navío dirigiéndose a Roma. En ruta se desató una violenta tormenta y todos a bordo esperaban lo peor. El comerciante tomó el cuadro de Nuestra Madre, lo sostuvo en lo alto, y pidió socorro. La Santísima Virgen respondió a su oración con un milagro. El mar se calmó y la embarcación llegó a salvo al puerto de Roma.

Tenía el mercader un amigo muy querido en la ciudad de Roma, así que decidió pasar un rato con él antes de seguir adelante. Con gran alegría le mostró el cuadro y le predijo que algún día el mundo entero le rendiría homenaje a Nuestra Madre del Perpetuo Socorro.

Pasado un tiempo, el mercader se enfermó de gravedad. Al sentir que sus días estaban contados, llamó a su amigo a su lecho y le rogó que le prometiera que, después de su muerte, colocaría la pintura de la Virgen en una iglesia digna o ilustre para que fuera venerada públicamente. El amigo accedió a la promesa pero no la llegó a cumplir por complacer a su esposa que se había encariñado con la imagen.

Pero la Divina Providencia no había llevado la pintura a Roma para que fuese propiedad de una familia, sino para que fuera venerada por todo el mundo, tal y como había profetizado el mercader. Nuestra Madre se le apareció al hombre en tres ocasiones, diciéndole que debía poner la pintura en una iglesia, de lo contrario,

algo terrible sucedería. El hombre discutió con su esposa para cumplir con la Virgen, pero ella se le burló, diciéndole que era un visionario. El hombre temió disgustar a su esposa, por lo que las cosas quedaron igual. Nuestra Madre, por fin, se le volvió a aparecer y le dijo que, para que su pintura saliera de esa casa, él tendría que irse primero. De repente el hombre se puso gravemente enfermo y en pocos días murió. La esposa estaba muy apegada a la pintura y trató de convencerse a sí misma de que estaría más protegida en su propia casa. Así, día a día, fue aplazando el deshacerse de la imagen. Un día, su hijita de seis años vino hacia ella apresurada con la noticia de que una hermosa y resplandeciente Señora se le había aparecido mientras estaba mirando la pintura. La Señora le había dicho que les dijera a su madre y a su abuelo que Nuestra Madre del Perpetuo Socorro deseaba ser puesta en una iglesia; y, que si no, todos los de la casa morirían.

La mamá de la niñita estaba espantada y prometió obedecer a la Señora. Una amiga, que vivía cerca, oyó lo de la aparición. Fue entonces a ver a la señora y ridiculizó todo lo ocurrido. Trató de persuadir a su amiga de que se quedara con el cuadro, diciéndole que si fuera ella, no haría caso de sueños y visiones. Apenas había terminado de hablar, cuando comenzó a sentir unos dolores tan terribles, que creyó que se iba a morir. Llena de dolor, comenzó a invocar a Nuestra Madre para que la perdonara y la ayudara. La Virgen escuchó su oración. La vecina tocó la pintura, con corazón contrito, y fue sanada instantáneamente. Entonces procedió a suplicarle a la viuda para que obedeciera a Nuestra Señora de una vez por todas.

Se encontraba la viuda preguntándose en qué iglesia debería poner la pintura, cuando el Cielo mismo le respondió. Volvió a aparecersele la Virgen a la niña y le dijo que le dijera a su madre que quería que la pintura fuera colocada en la iglesia que queda entre la basílica de Santa María la Mayor y la de San Juan de Letrán. Esa iglesia era la de San Mateo, el Apóstol.

La señora se apresuró a entrevistarse con el superior de los Agustinos quienes eran los encargados de la iglesia. Ella le informó acerca de todas las circunstancias relacionadas con el cuadro. La pintura fue llevada a la iglesia en procesión solemne el 27 de marzo de 1499. En el camino de la residencia de la viuda hacia la



iglesia, un hombre tocó la pintura y le fue devuelto el uso de un brazo que tenía paralizado. Colgaron la pintura sobre el altar mayor de la iglesia, en donde permaneció casi trescientos años. Amada y venerada por todos los de Roma como una pintura verdaderamente milagrosa, sirvió como medio de incontables milagros, curaciones y gracias.

En 1798, el ejército francés, mandado por Napoleón, tomó la ciudad de Roma y, con el pretexto de fortalecer las defensas de Roma, destruyó treinta iglesias, entre ellas la de San Mateo, la cual quedó completamente arrasada. Junto con la iglesia, se perdieron muchas reliquias y estatuas venerables. Uno de los Padres Agustinos, justo a tiempo, había logrado llevarse secretamente el cuadro.

Cuando el Papa San Pío VII, que había sido prisionero de Napoleón, regresó a Roma, les dio a los agustinos el monasterio de San Eusebio y después la casa y la Iglesia de Santa María en Posterula. Una pintura famosa de Nuestra Señora de la Gracia estaba ya colocada en dicha iglesia por lo que la pintura milagrosa de Nuestra Madre del Perpetuo Socorro fue puesta en la capilla privada de los Padres Agustinos, en Posterula. Allí permaneció sesenta y cuatro años, casi olvidada.

Mientras tanto, a instancias del Papa, el Superior General de los Redentoristas, estableció su sede principal en Roma donde construyeron un monasterio y la Iglesia de San Alfonso. Uno de los Padres, el historiador de la casa, realizó un estudio acerca del sector de Roma en que vivían. En sus investigaciones, se encontró con múltiples referencias a la vieja Iglesia de San Mateo y a la pintura milagrosa de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Un día decidió contarles a sus hermanos sacerdotes sobre sus investigaciones: La iglesia actual de San Alfonso estaba construida sobre las ruinas de la de San Mateo en la que, durante siglos, había sido venerada, públicamente, una pintura milagrosa de Nuestra Madre del Perpetuo Socorro. Entre los que escuchaban, se encontraba el Padre Michael Marchi, el cual se acordaba de haber ayudado a Misa muchas veces en la capilla de los Agustinos de Posterula cuando era niño. Ahí en la capilla, había visto la pintura milagrosa. Un viejo hermano lego que había vivido en San Mateo, y a quien había visitado a menudo, le había contado muchas veces relatos acerca de los milagros de Nuestra Madre y solía añadir: “Ten presente, Michael, que Nuestra Madre de San Mateo es la de la capilla privada. No lo olvides.” El Padre Michael les relató todo lo que había oído de aquel hermano lego.

Por medio de este incidente los Redentoristas supieron de la existencia de la pintura, no obstante, ignoraban su historia y el deseo expreso de la Virgen de ser honrada públicamente en la Iglesia.

Ese mismo año, a través del inspirado sermón de un jesuita acerca de la antigua pintura de Nuestra Madre del Perpetuo Socorro, conocieron los Redentoristas la historia de la pintura y del deseo de la Virgen de que esta imagen suya fuera venerada entre la Iglesia de Santa María la Mayor y la de San Juan de Letrán. El santo Jesuita había lamentado el hecho de que el cuadro, que había sido tan famoso por milagros y curaciones, hubiera desaparecido sin revelar ninguna señal sobrenatural durante los últimos sesenta años. A él le pareció que se debía a que ya no estaba expuesto públicamente para ser venerado por los fieles. Les imploró a sus oyentes que, si alguno sabía dónde se hallaba la pintura, le informaran al dueño lo que deseaba la Virgen.

Los Padres Redentoristas soñaban con ver que el milagroso cuadro fuera nuevamente expuesto a la veneración pública y que, de ser posible, sucediera en su propia Iglesia de San Alfonso. Así que instaron a su Superior General para que tratara de conseguir el famoso cuadro para su iglesia. Después de un tiempo de reflexión, decidió solicitarle la pintura al Santo Padre, el Papa San Pío IX. Le narró la historia de la milagrosa imagen y le sometió su petición.

El Santo Padre escuchó con atención. Él amaba dulcemente a la Santísima Virgen y le alegraba que fuera honrada. Sacó su pluma y escribió su deseo de que el cuadro milagroso de Nuestra Madre del Perpetuo Socorro fuera devuelto a la iglesia entre Santa María la Mayor y San Juan de Letrán. También encargó a los Redentoristas que hicieran que Nuestra Madre del Perpetuo Socorro fuera conocida en todas partes.

Ninguno de los Agustinos de ese tiempo había conocido la Iglesia de San Mateo. Una vez que supieron la historia y el deseo del Santo Padre, gustosos complacieron a Nuestra Señora. Habían sido sus custodios y ahora se la devolverían al mundo bajo la tutela de otros custodios. Todo había sido planeado por la Divina Providencia de una forma verdaderamente extraordinaria. A petición del Santo Padre, los Redentoristas obsequiaron a los Agustinos una linda pintura que serviría para reemplazar a la milagrosa.

La imagen de Nuestra Madre del Perpetuo Socorro fue llevada en procesión solemne a lo largo de las vistosas y alegres calles de Roma antes de ser colocada sobre el altar, construido especialmente para su veneración en la Iglesia de San Alfonso. La alegría del pueblo romano era evidente. El entusiasmo de las

veinte mil personas que se agolparon en las calles llenas de flores para la procesión dio testimonio de la profunda devoción hacia la Madre de Dios.

A toda hora del día, se podía ver un número de personas de toda clase delante de la pintura, implorándole a Nuestra Madre del Perpetuo Socorro que escuchara sus oraciones y que les alcanzara misericordia. Se reportaron diariamente muchos milagros y gracias.

La devoción a Nuestra Madre del Perpetuo Socorro se difundió por todo el mundo. Se construyeron iglesias y santuarios en su honor, y se establecieron archicofradías. Su retrato llegó a ser conocido y amado en todas partes.

Manuel Alonso Corral, hoy el Papa San Pedro II Magno, enfermo de tuberculosis, recuperó la salud totalmente en el mes de mayo de 1956, tras pedirlo insistentemente con gran fe a Nuestra Madre del Perpetuo Socorro.

Otra palmariana, Santa María Brígida Keaney de O'Neill, contó que su propia madre, poco antes de dar a luz a ella, vio cómo Nuestra Madre del Perpetuo Socorro la había sonreído de una imagen grande en la pared de su habitación; dicha imagen tiene hoy un lugar de honor en la casa palmariana de su hijo mayor en Irlanda.

El Papa San Gregorio XVII Magnísimo, en su Documento Pontificio nº 27, declaró a Nuestra Madre del Perpetuo Socorro excelsa Patrona de la Cátedra de San Pedro en El Palmar de Troya. Por ese motivo hay un altar dedicado a Nuestra Madre del Perpetuo Socorro en la Basílica Catedralicia de Nuestra Madre del Palmar Coronada, y en el devocionario palmariano tenemos una oración y jaculatorias en honor de Nuestra Madre del Perpetuo Socorro, escritos por el Papa San Pedro II.

Historia de la Devoción a María Auxiliadora

El primero que llamó a la Virgen María con el título de "Auxiliadora" fue San Juan Crisóstomo, Arzobispo en Constantinopla, que nació en el año 347, pues él dice: "Tú, María, eres auxilio potentísimo de Dios", y la llama Auxilio potentísimo de los seguidores de Cristo.

San Sabas de Cesarea en el año 532 narra que en oriente había una imagen de la Virgen que era llamada "Auxiliadora de los enfermos", porque junto a ella se obraban muchas curaciones.



San Germán, Arzobispo de Constantinopla, año 733, dijo en un sermón: "Oh María, Tú eres Poderosa Auxiliadora de los pobres, valiente Auxiliadora contra los enemigos de la Fe. Auxiliadora de los ejércitos para que defiendan la patria. Auxiliadora de los gobernantes para que nos consigan el bienestar, Auxiliadora del pueblo humilde que necesita de tu ayuda."

San Juan Damasceno en el año 749 fue el primero en propagar la jaculatoria: "María Auxiliadora, rogad por nosotros". Y repite: "La Virgen es Auxiliadora para conseguir la salvación, Auxiliadora para evitar los males y peligros, Auxiliadora en la hora de la muerte."

El nombre de Auxiliadora se le daba ya en el año 1030 a la Virgen María, en Ucrania (Rusia), por haber liberado aquella región de la invasión de las tribus paganas. Desde entonces en Ucrania se celebra cada año la fiesta de María Auxiliadora el 1 de octubre.

Se tiene constancia de que hacia el año 1558 ya figuraba en las letanías que se acostumbraban recitar en el Santuario de Loreto, Italia; y luego, ante la invasión de los turcos, el Papa San Pío V la invocó como María Auxiliadora de los Cristianos y ordenó que en todo el mundo católico se rezara en las letanías la advocación

"Auxílium Christianórum, ora pro nobis" porque en 1571 Nuestra Señora libró prodigiosamente en la batalla de Lepanto a toda la cristiandad que iba a ser destruida por un ejército mahometano de 282 barcos y 88.000 soldados.

En la primera mitad del siglo XVII, los católicos del sur de Alemania hicieron una promesa a la Virgen de honrarla con el título de Auxiliadora si los libraba de la invasión de los protestantes y hacía que se terminara la terrible guerra de los 30 años. La Madre de Dios les concedió ambos favores y pronto había ya más de setenta capillas con el título de María Auxiliadora de los Cristianos.

En 1683 los católicos, en una Santa Cruzada dirigida por el rey polaco San Juan III, obtuvieron una inmensa victoria en Viena contra los enemigos de la religión, librando la ciudad de las garras de los fanáticos turcos mahometanos. La decisiva victoria contra el turco fue motivo de inenarrable gozo para la Cristiandad, por lo que fundaron la asociación de María Auxiliadora, que se extendió a más de sesenta países.

En 1814, el Papa San Pío VII, prisionero del emperador Napoleón, prometió a la Virgen que el día que llegara a Roma, en libertad, lo declararía fiesta de María Auxiliadora. Inesperadamente el pontífice quedó libre, y llegó a Roma el 24 de mayo. Desde entonces quedó declarado el 24 de mayo como día de María Auxiliadora.

En 1860 la Santísima Virgen se apareció a San Juan Bosco y le dijo que quería ser honrada con el título de “Auxiliadora”, y le señaló el sitio para que le construyera en Turín, Italia, un templo. Empezó la obra del templo con sus tres monedas de veinte centavos cada una, y esa fue la primera paga que hizo al constructor; pero fueron tantos y tan grandes los milagros que María Auxiliadora empezó a obrar a favor de sus devotos, que en sólo cuatro años estuvo terminada la gran Basílica. Lo que sorprendió a Don Bosco primero y luego al mundo entero fue que María Auxiliadora se había construido su propia casa, para irradiar desde allí su patrocinio. El Santo solía decir: “Cada ladrillo de este templo corresponde a un milagro de la Santísima Virgen.” Desde aquel Santuario comenzó a extenderse por el mundo la devoción a María bajo el título de Auxiliadora de los Cristianos. San Juan Bosco decía: “Propagad la devoción a María Auxiliadora y veréis lo que son milagros”, y recomendaba repetir frecuentemente: “María Auxiliadora, rogad por nosotros”, explicando que los que dicen muchas veces esta jaculatoria consiguen grandes favores del Cielo. Sin duda fue San Juan Bosco el Santo de María Auxiliadora, con el que esta advocación mariana encontró el mejor paladín para el desarrollo y popularidad. La Virgen quiere que la honremos con el título de Auxiliadora: los tiempos que corren son tan aciagos que tenemos necesidad de que la Virgen nos ayude a conservar y a defender la Fe cristiana.

En su Documento Pontificio nº 47, San Gregorio XVII explica una sublime visión apocalíptica de San Juan Bosco, el cual vio la Nave de Pedro en medio de dos gigantescas columnas, estando sobre la más alta la Santísima Eucaristía, y sobre la otra la Benditísima Imagen de María Auxiliadora. En 1980, San Gregorio XVII y varios Obispos visitaron el Santuario de María Auxiliadora en Turín. Ante el grandioso cuadro de la Virgen Santísima que preside en el retablo del altar mayor, oraron con mucho fervor y cantaron la Salve Regina y la Salve Madre. Allí se apareció la Santísima Virgen, acompañada de San Juan Bosco, Santa María Mazzarello y Santo Domingo Savio. La Santísima Virgen le dio este Mensaje: *«Ya era hora que vinieras a este Santuario que tantos misterios proféticos encierra para la Iglesia. De los cuales, el principal ya se ha cumplido, que es el correspondiente a la elección de tu Papado. Os bendigo a todos»*.

En la Basílica Catedralicia de Nuestra Madre del Palmar Coronada, hay un altar dedicado a María Auxiliadora.

Dado en El Palmar de Troya, Sede Apostólica, día 8, Fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, diciembre del MMXVI, año de Nuestro Señor Jesucristo y primero de Nuestro Pontificado.

Con Nuestra Bendición Apostólica

Petrus III, P.P.

Póntifex Máximus

Petrus III P.P.

